

Luis Durand

En el aserradero



ON la chaquetilla de casineta sobre el hombro y afirmada encima de ella el astil del hacha reluciente, los hacheros se encaminan hacia la selva. A la selva fragante y húmeda en donde ríen los chucaos con carcajadas sorprendidas y se arrullan las torcazas en las altas copas de los viejos collanes, mientras por el alto cielo austral donde navegan aéreas nubecillas que llegaron con el alba, se oye el chillerío de los choroyes madrugadores, nube verde bajo el toldo azul, que vuelan jubilosos en busca de semillas con que saciar su voracidad.

En el seno de la selva se agita el follaje con sonora orquestación. El viento canta entre los renuevos de maquis y arrayanes, de boldos y maños; alarga como una hebra sutil el silbido de los huíos y el repiqueteo querendón de los tordos; se columpia en la roja campanita de los copihues y agita los líquenes y los boquis en donde se envuelve la liana fina de las coguileras,

y luego se embriaga de aromas de canelos, de laureles y olivillos. En el estío los ulmos destacan la nívea pompa de sus flores a donde las abejas van a buscar el néctar de sus panales, y estalla como una llamarada, un avellano cargado de frutas rojas. Junto al estero, donde los quilantos forman una bóveda que oscila con rumor de seda acunándose bajo los grandes gigantes de la montaña, los tilos y chilcos perfuman el rincón montañés, paraíso de los novillos «caitas» que todavía no saben del rigor del yugo ni de la garrocha.

Con la «chalaila» embarrilada hasta poco más arriba del tobillo, y el pantalón arremangado cerca de la rodilla los hacheros caminan con paso elástico en dirección al sitio en donde ese día tumbaron los árboles. Y sin más dilación se disponen a voltear al recio tronco que se yergue ajeno al cruel destino que lo espera. En los dardos de sol que se filtran por entre el follaje centellea la hoja del hacha, al herir reclamente el tronco desde donde empiezan a saltar los «cuspes», blancos al principio y luego rojos y húmedos de savia que destila lentamente la herida que va ensanchando el filo implacable. Y, sin embargo, por un milagro de equilibrio el árbol sigue erguido en un supremo alarde de majestuosa vitalidad. Hasta que de pronto, cuando el tronco sólo está sujeto en un «hilo», dando la sensación de que se va a sentar sobre su propia base, se oye un largo lamento, para derrumbarse haciendo temblar la tierra, quebrando en su caída ramas y arbustos, mientras los pájaros en apretada vibra-

ción de alas que es sorpresa y angustia dejan para siempre su poética y bella morada.

Encaramados sobre el grueso tronco los hacheros se disponen entonces a cortarlo en trozos. Es una dura y agotadora faena. Y cuando ya hay muchos, llegan las yuntas con sus trancos lerdos y sus ojos de dulce asombro, arrastrando las cadenas de la cuarta para arrastrarlos hacia la cancha en donde las sierras relucientes aúllan interminables, como monstruos excitados por creciente y demoníaca furia.

Hábiles y diestros los madereros allegan los bueyes a los trozos. Enganchando las cadenas en uno de sus extremos, hacen maniobrar a los bueyes hasta colocar el grueso madero encima de un palo redondo, la «yagua» que permite amarrarlo con las cadenas para que los bueyes lo arrastren hacia un sitio propicio desde donde pueda ser disparado hacia el plan. Diez, quince, veinte yuntas realizan la misma faena. En la penumbra olorosa a leños recién abiertos los bueyes se azotan los flancos con la cola para inyectarse energías, mientras las pezuñas hienden el suelo húmedo y una orla oscura de sudor les ensombrece los ojos. Y de súbito el grito estentóreo:

—¡Navegante, Operarioooo...! ¡Ñeblinaaa, Cóndoro...! ¡Erree!

Un hilo de babas brillantes, une los belfos temblorosos de iadear, con la tierra. Los músculos se distienden y las cerviz inclinada hace que los hocicos casi toquen los encuentros. A veces el trozo que arras-

tran pesadamente se ataja en una gruesa raíz sobresaliente y entonces es necesario «roncearlo», o sea, moverlo de lado a lado para que se desprenda. Es posible, también, que en un momento dado los bueyes se desvíen por una pendiente y no sean capaces de sujetarlo. Pero el hombre estará listo para detenerlos con un ¡teza! enérgico, al cual los bueyes obedecen atentos. Y luego la voz ronca tiene un matiz de cariño para requerirlos:

—¡Operario, Operario! . . . teza . . . ¡ Navegáante!

Los bueyes se detienen cimbrándose, estrados de sudor, con los ijares agitados por un latido poderoso. Una hábil maniobra los hace descansar hasta llegar al disparadero, desde donde unos brazos hercúleos lanzan por una «ranfla», el madero hacia el plan.

Como cíclopes vencidos en descomunal batalla, los trozos se van extendiendo en la cancha del aserradero. Los peones con el torso cubierto por una delgada camiseta y la cintura bien envuelta en la faja, los hacen rodar hacia el «banco» con la ayuda de los «diablos» y de la «yegua» hasta dejarlos frente a los acerados dientes de la sierra, bien sujetos por los «perros», ganchos de acero que se aferran a la corteza y por una cuña de palo que designan con el curioso nombre de «paloma». Y cuando las sierras los rebanan primero saltan las tapas, o sea la corteza exterior del árbol, luego las cantoneras, tabla con falla de agujeros y nudos, hasta llegar al recio corazón del pellín de! raulí, maderas nobles que entregan tablas sin

una mancha. Un peón está listo para sacarla del banco acarreándola con ágil trote hacia el castillo donde seorean. Para no lastimarse el hombro se ha puesto en él la «tota», especie de almohadilla blanda por debajo y forrada en cuero por encima.

Y el día en que las tablas ya están oreadas en los castillos y comienzan a crujir, llegan las pequeñas carretas para llevarlas a la estación más próxima a través de los accidentados caminos a medio devastar de los cerros. Salen al alba a esa hora en que un suave rosicler comienza a desteñir la sombría y delgada azulidad del cielo.

Sobre las rojas tablas húmedas de rocío auroral y de savia que aún no han secado los vientos del sur, van los carreteros tendidos, con la garrocha presta y la mirada avisora. Sólo en los repechos o bajadas, se oyen sus voces roncadas para requerir o contener la yunta:

—¡Neblina, Mariposa... Chiist!

Chirría la carreta llevándose un pedazo del corazón de la selva.